

**REVISTA D'AFERS
INTERNACIONALS 49.**
**Nuevos retos para la seguridad
europea.**

La seguridad Europea en el siglo XXI.
Narcís Serra

La Seguridad Europea en el siglo XXI

*Narcís Serra

La política de defensa y seguridad europea necesita tanto una concepción global como acuerdos sobre los elementos esenciales de esta concepción. A partir de las experiencias concretas se derivan lecciones que, una vez sumadas o integradas, contribuyen a elaborar esa solución global. Vamos a tener que avanzar lentamente y durante bastante tiempo para que esa influencia en los dos sentidos –de la teoría a la práctica y viceversa– genere un pensamiento político que defina un papel para Europa. Pese a ello, la discusión de los problemas de actuación diaria en campos de seguridad y defensa debe facilitar los avances conceptuales que se vayan realizando.

Lo primero que hay que tener en mente al hablar de seguridad y defensa en Europa es la conciencia de las grandes transformaciones en el mundo actual, pues sin ella nuestro punto de vista sería, sin lugar a dudas, equivocado. El historiador Hobsbawm¹ afirma que el siglo XX empieza en Europa en 1914 y termina en 1989. Por lo tanto, cuando se reflexiona sobre seguridad y defensa para el siglo XXI, ya estaríamos en él, porque se inició con la caída del Muro de Berlín. Para este autor, las grandes transformaciones del fin de siglo consistirían en que el mundo ha dejado de ser “eurocéntrico”, el progreso tecnológico ha sido el motor de la globalización y ha nacido lo que podríamos denominar un nuevo individualismo egocéntrico y asocial o incluso una fragmentación social: el incremento de renta, de capacidad de ocio, la nueva situación en los procesos productivos, son fenómenos que provocan que no pensemos ya tanto en términos de clases sociales, de masas, de grupos, de emancipación de clases, sino que pensemos más en términos de posibilidad de realización individual.

*Ex vicepresidente del Gobierno y ex ministro de Defensa de España

En los últimos cuatro o cinco años la conciencia de la globalización se ha incrementado de forma exponencial: la estructura de nuestras sociedades cambia, y cambiarán elementos como la familia, los procesos productivos, el acceso al trabajo, la exigencia de cierta capacidad empresarial personal si se quiere tener trabajo en el futuro, o el tema de la formación continua. Todos ellos son elementos que han ido calando de forma profunda en la conciencia de los ciudadanos en los últimos años.

Pensar que estamos en una nueva situación sólo porque se dismantelaron los regímenes comunistas y se fragmentó la Unión Soviética sería una forma muy parcial de abordar la cuestión. El mundo está cambiando muchísimo más que todo eso, y hay que corregir la propensión –que incluso tuvo la Alianza Atlántica– de creer que hay que rehacerlo todo en función del fin de la bipolaridad. Estamos ante una nueva situación que es distinta por muchas otras razones adicionales.

La globalización es la puesta en funcionamiento práctico de una serie de innovaciones tecnológicas, principalmente en el campo de las telecomunicaciones, que es fruto del desarrollo de las sociedades capitalistas avanzadas. Sólo si lo entendemos así podemos resolver una amplia gama de temas que afectan, entre otros, a los campos de la seguridad y la defensa. En el económico lo podemos ver claro. Si pensamos que la nueva situación es el resultado de la competencia de países que tienen salarios menores –y que entonces el asalariado español, por citar un ejemplo, ve mermadas sus posibilidades de futuro porque le hacen la competencia los asalariados de la India o de Indonesia– tenemos una visión muy miope de la realidad. Otros son los elementos que necesitamos tener en cuenta. En los Estados Unidos y en Europa se acaba el *fordismo*, se acaba el trabajo colectivo y en serie, se reduce el empleo industrial y se está fragmentando el trabajo en el sector servicios. Ésta es la situación real a la que se enfrenta un ciudadano de los Estados Unidos o de Europa, y no tan sólo a la de la competencia que le puedan hacer desde otros países.

La reducción de las capacidades del Estado-nación es otra de las consecuencias de este mundo globalizado. El Estado-nación ya no puede ofrecer las prestaciones a que estábamos acostumbrados, sobre todo los europeos. El auge del Estado-nación y el contrato social de inspiración socialdemócrata –y también demócratacristiana– produjo lo que los franceses llaman “los treinta años gloriosos”. Pero las capacidades del Estado-nación han disminuido en el campo económico. El keynesianismo no ha muerto² y sigue siendo una fuente de inspiración notable sobre lo que hay que hacer en economía. Sin embargo, es evidente que las políticas keynesianas –que son, en muchos casos, una caricatura de lo que pensó Keynes– fueron muy eficientes entre los años 1945 a 1950 y en los años ochenta, pero ahora ya no lo son. Hoy existe el euro, en parte porque ha habido una voluntad política de construcción de Europa dotándola de un elemento de unión muy potente, y aquí la actitud conjunta de Mitterrand y Kohl fue decisiva. Pero también existe el euro por la conciencia de los países que están en la Unión Monetaria de que la soberanía del Estado-nación en este campo es cada vez más débil y de que si queremos tener soberanía

monetaria tenemos que crear una moneda europea. La pluralidad de sistemas monetarios de cada uno de los Estados-nación del viejo continente es ya insostenible.

Cuando mencionaba que en el mundo hay que tener en cuenta muchas más cosas que lo que ha pasado en la Unión Soviética, hacía referencia a cosas positivas, como por ejemplo el fin del *apartheid* en Sudáfrica, la independencia de Namibia, el fin de la guerrilla y la apertura de nuevas posibilidades para la democracia en Centroamérica. Hay otros elementos positivos, como el progreso de la situación en Palestina o la reunificación de Alemania en 1989. Pero también hay enormes fracasos, como el caso del África Subsahariana o el de Yugoslavia.

No obstante, en materia de seguridad y defensa es evidente que el proceso de globalización ha creado riesgos, amenazas, situaciones de crisis que tienen que ver con la fragmentación del sistema soviético, pero que también tienen otra naturaleza (las mafias ligadas a la droga, el terrorismo, etc.). La definición de riesgos de la Cumbre de la Alianza Atlántica en Washington, en abril de 1999, es un reconocimiento de este nuevo panorama que no se deriva solamente de la situación creada por la caída del sistema comunista o soviético.

La globalización también ha influido en otros aspectos de los temas de seguridad y defensa: el propio progreso tecnológico ha tenido una influencia directa en lo que podríamos llamar “técnicas militares”. Las grandes carencias de Europa residen en este campo, en el que no hemos asimilado las potencialidades de las nuevas tecnologías, que han abierto un campo enorme en asuntos de inteligencia o que suponen la posibilidad de alcanzar con mayor precisión objetivos lejanos. Y este es, hoy en día, uno de los talones de Aquiles de la defensa europea.

Por todo ello, el tema de la seguridad de Europa no puede plantearse simplemente como un proceso de armonización. En primer lugar, porque un proceso de armonización tiende a entenderse como un proceso de construcción del máximo común denominador, y eso, por definición, es menor que lo que ha logrado quien esté mejor que el promedio; el proceso de establecimiento del campo monetario común en Europa nos ha enseñado que las soluciones no están en buscar el promedio, sino en buscar cómo acercar a todos los países de la Unión Europea a la situación de los que están mejor en cada momento. Y la Unión Monetaria Europea es claramente un proceso de acercamiento de determinados países que tenían serias dificultades, entre ellos el nuestro, a las condiciones de los países que más sólidamente estaban instalados en una moneda fuerte, como eran Alemania, Holanda, Luxemburgo o Bélgica.

La seguridad en Europa tiene que ser más que una armonización. Tiene que ser más que la suma; aunque si la suma se hace bien, el resultado será mucho más que la agregación de las partes, porque la complementariedad es un elemento muy importante en este contexto. No obstante, hay que superar la armonización, la simple suma de esfuerzos; hay que ir a una concepción del papel de Europa en este mundo globalizado.

Pensar en la seguridad de Europa para el siglo XXI no es pensar estrictamente en la defensa de Europa como parte de un mundo que ya no es bipolar, pero que sigue teniendo una serie de riesgos y de amenazas. Pensar en la seguridad de Europa en el siglo XXI quiere decir pensar en el papel que el viejo continente tiene que jugar en el mundo en el siglo XXI. Y el papel de Europa en el siglo XXI tiene que ser el de una potencia que, por primera vez en la historia, y en su propio beneficio también, en vez de orientarse a la defensa exclusiva de sus propios intereses, comprenda que potenciar la gobernabilidad mundial redundará en sus propios intereses.

En algunos momentos históricos clave, los Estados Unidos han pensado lo mismo. Wilson lo pensó tras la Primera Guerra Mundial; también se pensó en 1945, pero la Guerra Fría deformó estas apreciaciones. Hoy es un hecho cierto que Europa tiene una visión mucho más abierta que los Estados Unidos y comprende mejor los condicionantes internacionales para que haya gobernabilidad mundial.

Hemos de saber reaccionar adecuadamente, dado que los riesgos actuales son mucho más difusos. Se acabó el esquema de dos potencias enfrentadas y el mundo dividido en dos bloques. Los riesgos son más globales, es decir, nos alcanzan más y conviene que actuemos, por las consecuencias que pueden tener, y que contribuyamos no sólo por razones humanitarias, sino por política de prevención de seguridad. Esto hace que la seguridad tenga que ser más compartida. En estos momentos es mucho más eficiente aportar los recursos a uniones más amplias que el uso directo por parte del propio país. Las Naciones Unidas son el *framework* en el que se puede ser útil en seguridad internacional. Y está claro que si esto es así hemos de empezar, en una primera etapa, a coordinar y racionalizar la complementariedad entre países. En este aspecto, Europa no ofrece un balance brillante. Europa financia entre el 38% y el 40% del coste de las operaciones de mantenimiento de la paz, y sin un protagonismo político proporcional a esa situación, sin una coordinación de sus propios efectivos, sin exigir que esos temas se lleven progresivamente con criterios de mayor eficiencia y mayor implicación. Todos sabemos la complicada situación de las Naciones Unidas y el coste de los vetos en el Consejo de Seguridad en esos temas, pero hay que decir que ningún conjunto de países está tan representado en el Consejo de Seguridad como Europa, que tienen como miembros permanentes a Francia y al Reino Unido, más uno o dos países en el turno de los que no son permanentes.

Desde una perspectiva europea, cada vez está más claro que se necesitan, de forma creciente, medios no bélicos para garantizar la seguridad. Es decir, el "efecto tequila" en México es un problema grave, porque se ha repetido en el sudeste asiático y, con matices, también en el caso de Brasil. Tenemos, en este sentido, muchas cosas que hacer: un Fondo Monetario Internacional más adecuado a las situaciones actuales, con una mecánica que no fuera sólo de exigencia de políticas de estabilización como condición previa a la ayuda a un país, sino de desarrollo de sistemas democráticos y sistemas que incrementen la res-

ponsabilidad financiera en estos países. Son mecanismos que contribuirían a nuestra propia seguridad, porque no podemos tener a los países del Tercer Mundo bajo la espada de Damocles de una posibilidad de crisis en sus propias monedas cada dos años.

También debemos considerar el tema demográfico. Parece que se puede reducir el riesgo de explosión demográfica en el mundo, y Federico Mayor Zaragoza me explicó hace poco que el factor esencial para reducir este riesgo es conseguir la igualdad educativa de las mujeres, de las niñas con los niños, en todos los países del Tercer Mundo. Cuando se consigue introducir a las niñas en el mismo esquema educativo en que ya están los varones, en quince años, sin otros mecanismos de control de natalidad, ésta ya estará bajo un cierto control, al menos bajo el de unas mujeres más libres y más dueñas de sus propias posibilidades. Por lo tanto, no soy de los que cree que los mecanismos de seguridad son básica y únicamente defensivos, aunque sí hay muchos países que tienen una tendencia a pensar eso.

La cumbre de Washington de la OTAN de abril de 1999 definió los riesgos militares y no militares, y esa definición es enormemente amplia. Incluye la rivalidad étnica y religiosa, las disputas territoriales, las reformas inadecuadas o fallidas, la violación de los Derechos Humanos, la disolución de estados, el terrorismo, el crimen organizado, alteraciones en el flujo de recursos vitales, etc.

Con estos elementos como telón de fondo, ¿cómo pensar en la seguridad europea? Estuve hace pocos días en una conferencia hispano-británica en la que también estaba el ministro español de Defensa Eduardo Serra, quien afirmó que no se puede desligar el tema de la defensa europea de la fragmentación europea. A principios de siglo no había más de una docena de naciones en Europa. Tuvimos una guerra mundial en 1914; vinieron los americanos a ayudarnos a terminarla y acabamos esta situación con paz pero con dos docenas de naciones. Esa paz fue precaria. Volvimos a tener una guerra; vinieron los americanos otra vez a ayudarnos a terminarla, y al finalizarla éramos ya tres docenas de naciones. Ha caído el Muro de Berlín, se ha fragmentado el sistema comunista soviético; ya somos al menos cuatro decenas de naciones. Por lo tanto habrá que pensar en mecanismos de arquitectura muy compleja para dar respuesta a esta situación. Indirectamente Eduardo Serra estaba explicando un efecto de la globalización que yo no he mencionado al principio: la conciencia de estar en un mundo cada vez más pequeño y más interconectado ha desvelado el deseo de potenciar las identidades nacionales. Y ha hecho aparecer identidades nacionales que no querían o que no habían podido expresarse como identidades propias hasta este momento histórico.

Ante esta situación podría pensarse en un esquema de círculos concéntricos: los países centrales con democracia consolidada, mayor nivel de renta, mayor estabilidad y por lo tanto seguridad y, a medida que nos alejamos de ese centro, disminuyen esas tres dimensiones: tanto consolidación democrática como nivel de renta, como seguridad.

Podríamos situar los países en dos ejes. En uno, este esquema núcleo-periferia, mayor seguridad-menor seguridad; y en el otro las posiciones de los países europeos a favor de una dimensión de defensa estrictamente europea o más proclives a las relaciones con los Estados Unidos.

Vamos a estar condenados, en el sentido positivo de la palabra, a trabajar en esas dos direcciones: por un lado, ampliar los beneficios de consolidación democrática, de economía de mercado y de seguridad; los tres son inseparables y debemos extenderlos a los demás países. Por otro lado, debemos encontrar un compromiso eficiente entre el deseo y la necesidad de crear una dimensión de seguridad europea y el vínculo transatlántico con los Estados Unidos. ¿Puede crearse una dimensión de defensa europea? Europa tiene dos millones de soldados, mientras que los Estados Unidos tienen un millón y medio; pero para dos millones de soldados el presupuesto europeo sumado sólo alcanza entre el 65% y el 70% del de los Estados Unidos. Es evidente que no estamos en un camino de eficiencia y, sobre todo, de adquirir y aplicar tecnologías punta. ¿Qué nos falta en Europa?: mando y control; transporte aéreo, transporte marítimo, es decir, poder mover nuestros efectivos; inteligencia; y crear una base industrial que permita producir el armamento que necesitamos.

Con la situación que tenemos en mando y control, en inteligencia, en transporte y en base industrial, hay que concluir que Europa hoy es incapaz de defenderse y, por lo tanto, prescindiendo de las ideas políticas que se puedan tener, es insensato postular otra cosa que la continuidad del diálogo transatlántico.

Se ha hablado de la Europa de geometría variable, pero tengo serias dudas de que en materia de seguridad y defensa se pueda hacer una Europa de esas características, puesto que ello significa, básicamente, la inclusión o no del Reino Unido. Confiar en que el sentido utilitarista inglés ya modificará la postura británica –siguiendo argumentos tales como que ya que la moneda europea funciona y funcionará, el Reino Unido tendrá, en su propio beneficio, que entrar en el mecanismo de la Unión Monetaria Europea (UME)– no es un procedimiento aplicable a los temas de defensa. No se puede pensar: avancemos en defensa y el Reino Unido ya se añadirá. ¿Por qué? Por muchas razones. Primero porque, en la medida en que esto afecta de forma tan visible a temas que sentimentalmente están ligados a la soberanía, no es bueno que haya geometría variable. Para solventar este problema, Charles Grant, director del Center for European Reform, ha inventado el mecanismo de los anillos olímpicos, es decir, un país podría optar por estar en un anillo de competencias o en todos, o en varios³. Ahora bien, el país que decidiera estar en uno debería estar plenamente en ese campo. Por lo tanto, si se estaba en defensa habría que estar plenamente en el anillo de defensa. Esta es la posición de Charles Grant para encontrar una vía para el Reino Unido: este país no está en el núcleo del tema monetario por el momento; pero si entra en el tema de defensa, tendrá que estar plenamente en el núcleo de defensa.

El Reino Unido tiene que estar, porque es esencial para mantener el diálogo transatlántico. ¿Qué interés puede tener el Reino Unido en participar en el esquema o en los procesos de construcción de la dimensión de defensa europea? Creo que está muy claro: el Reino Unido es tan consciente como cualquiera de nosotros de que su peso en los Estados Unidos depende de su peso en Europa. Y, por lo tanto, no hay contradicción entre la implicación del Reino Unido en los esquemas posibles de defensa europea y sus relaciones con los Estados Unidos. A mayor implicación y liderazgo en materia de defensa por parte del Reino Unido en el proceso europeo, más peso tendrá en los Estados Unidos.

¿Qué es lo que hay que hacer en Europa? Hay que resolver un problema de arquitectura. En parte ya se han señalado soluciones para resolverlo, al integrar la Unión Europea Occidental (UEO) a plazo fijo en la Unión Europea y darle las capacidades de la Secretaría de la UEO a Javier Solana como *Mr. PESC*, que es a la vez Secretario del Consejo Europeo. Y, aparte de una buena arquitectura, lo que se necesita es la voluntad política de querer crear una dimensión europea de defensa. Esta voluntad política en estos momentos se tendría que desarrollar en dos direcciones: la primera es la de la complementariedad de los esfuerzos europeos. Fuerzas conjuntas, equipo conjunto, concentración de las empresas (se ha dado un paso muy importante con la creación reciente de las dos grandes: British Aero Space y la fusión germano-francesa). Por lo tanto, nuevo material y, sobre todo, un esfuerzo europeo en materia de satélites y comunicaciones. En este punto Francia lleva mucho tiempo denunciando que la actuación europea en el conflicto yugoslavo dependía de un solo satélite europeo, por más de treinta de procedencia estadounidense.

La integración de medios y efectivos empezando por la complementariedad no es percibida como una necesidad por toda la opinión pública europea. Sobre todo en el Reino Unido existen recelos ante la creación de fuerzas europeas. Se insiste en que en ningún caso debe existir duplicación con la OTAN y que no se desea contar con un ejército europeo en el sentido estricto del término.

En España esta necesidad es mucho más evidente, porque los españoles hemos visto Europa desde siempre “como el paraíso”, porque en ella estaban la democracia y el bienestar que no teníamos; y las libertades y el bienestar son dos cosas muy importantes. Para nosotros es más fácil comprender que tiene que haber un ejército europeo. En cambio, no podemos olvidar que en el Reino Unido, al menos en el pasado, existía este sentimiento tan común de pensar que cuando hay guerras en Europa el Canal de la Mancha se hace más ancho que el Océano Atlántico.

La segunda dirección es la siguiente: no sólo hace falta voluntad política para avanzar en la integración de los esfuerzos defensivos europeos, sino también voluntad política para trazar una posición de Europa en el mundo. Y aquí hay que recalcar lo que he dicho al principio: si sólo se trata de la defensa europea, no nos hagamos ilusiones, no avanzaremos. Si sólo es la defensa europea, lo más cómodo es que sigan garantizándola los americanos. Entonces, no habrá ni tensión para hacer presupuestos adecuados ni empuje para

avanzar en la integración en este campo. Hemos de proponernos una dimensión más amplia que la defensa europea en el sentido estricto, y esa dimensión supone incrementar la seguridad en un mundo globalizado en beneficio, también, de Europa. Y eso implica que Europa tenga claro que su papel hoy es el de proyectar en el mundo los valores que han hecho que Europa exista: los valores de las libertades y de la defensa de los Derechos Humanos. Sólo si Europa acuerda políticamente tener una política exterior que sirva a estos objetivos, estaremos en la vía de ir resolviendo los demás temas de seguridad en el mundo y de defensa estricta de Europa. Tanto Habermas como Dahrendorf³ han escrito que Europa tiene que ser la primera potencia que no luche por imponer directamente sus intereses, sino por establecer mecanismos crecientes de gobernabilidad mundial.

Durante un tiempo Europa quería ser una potencia mundial. Lo imaginaba incluso Helmut Schmidt. La Unión Europea nace para que no haya guerras en el continente, pero luego Europa con la CEE comprende que el Mercado Común Europeo es una realidad posible y muy beneficiosa y pasa a plantearse, en los años setenta, objetivos más políticos. Y uno de los buenos definidores de estos objetivos fue Helmut Schmidt, quien no se cansaba de predicar que en el año 2015 o 2020 China tendría el PNB de Japón, la India habría dado un salto hacia adelante y Brasil sería una potencia superior a la mayoría de las potencias europeas consideradas individualmente. Para él, si Europa quería estar en una mesa negociando temas económicos o de seguridad tenía que unirse y constituirse en potencia porque cada uno de los países aisladamente no podría negociar en pie de igualdad con esas nuevas potencias emergentes. Esta era la posición de Helmut Schmidt, que me parece válida para entonces. Pero en estos momentos hay que darle un nervio político, una columna vertebral política: el papel de Europa es el de contribuir a la seguridad internacional y a la gobernabilidad mundial precisamente extendiendo los valores que defiende. Y en un mundo en el que el principio de no injerencia ha entrado en crisis en un período tan corto como son los siete u ocho últimos años, Europa tiene un amplio camino abierto en ese campo y eso requiere, como he dicho antes, un replanteamiento dinámico de las relaciones con los Estados Unidos.

Hay que huir de la caricatura. No se trata de que los Estados Unidos, porque Europa se lo diga, paguen las cuotas atrasadas a las Naciones Unidas, cosa a la que están obligados y no habría ni que decírselo, sino que tiene que haber un cambio más profundo de talante. Una prueba de ello es el impulso que deberían dar a la creación de un Tribunal Penal Internacional. El objetivo de Europa es más complejo, implica mantener un diálogo transatlántico eficiente y, a la vez, ir haciendo comprender a los Estados Unidos la necesidad de un enfoque multilateral para que haya una gestión eficiente de la seguridad en ese mundo globalizado. Los europeos tenemos, en este sentido, una mayor predisposición a aceptar esos condicionantes –de las Naciones Unidas o del diálogo con los demás países– y poco a poco hemos de encontrar la forma de ir avanzando con los Estados Unidos en esta dirección. En muchos campos ya se hace:

por ejemplo, en los temas económicos y de comercio internacional. En materia comercial tenemos discusiones muy profundas con diferencias difíciles de resolver pero, simultáneamente, mantenemos una colaboración muy estrecha. También en el tema de la reestructuración de la industria europea de defensa se abren posibilidades a una colaboración con los Estados Unidos por primera vez. Pero tendrá que producirse una apertura simétrica y simultánea de los dos mercados, no sólo de uno.

Por lo tanto, hay margen de actuación, existen posibilidades de avance en este tema, pero hemos de tener presente que el futuro de Europa implica una elección constante en relación con los Estados Unidos. Yo creo que la Europa política que estamos construyendo, la Europa que se dibuja tras el Consejo Europeo de Tampere, va a tener inevitablemente otro encaje con los Estados Unidos, de la misma forma que lo tiene la Europa del euro. La preservación del diálogo transatlántico es una cuestión de imaginación y flexibilidad, en la que hay que lograr que los Estados Unidos entiendan esa nueva situación y en la que los europeos debemos comprender también que su postura, al igual que la nuestra, tiene contradicciones internas de importancia. Los Estados Unidos están en la constante contradicción de querer que Europa incremente su contribución a la defensa colectiva, y comparta más la carga –el debate eterno del *burden-sharing*– pero en cambio no aceptan, o al menos recelan, de una dimensión europea de defensa. Sin embargo, llevamos unos años de cambios que revelan que en todo esto hay unos márgenes amplios de actuación: la transformación de la OTAN, la iniciativa de defensa europea, las reuniones-cumbre en Madrid o en Washington.

Se dice que los países europeos neutrales podrían frenar el proceso. Si se adopta esta dimensión de contribución a la seguridad mundial desde Europa, entonces disponemos de la vía para integrar a todos los denominados “países neutrales”. Porque neutrales, en el sentido riguroso del término, ahora no los hay ni los debe haber. Ningún país neutral puede negarse a la colaboración en los esfuerzos de seguridad europeos si se están dirigiendo a garantizar la seguridad internacional, a hacer política de prevención, o a realizar operaciones de mantenimiento de la paz. En ese sentido, pueden esgrimirse argumentos muy serios con relación a países como Austria o Finlandia.

El proceso de construcción europea tiene dos almas. Una es pragmática, tecnológica, utilitarista: Europa ha de ser útil a los europeos y si no lo es, el proceso de integración no es justificable. La otra, es el alma federal-constitucional: proponerse una unidad política que tenga un papel político y que mejore los niveles de ciudadanía de los habitantes de ese ámbito.

El proceso de construcción de Europa funciona cuando se saben encontrar compromisos entre estas dos almas. Por ello, el riesgo que corremos en los temas de seguridad y defensa compartida es que nos limitáramos al alma pragmática y utilitarista. Con esa sola alma las cosas no saldrán bien, no alcanzaremos los objetivos políticos que hoy son el reto al que nos enfrentamos; aunque esa sola alma es más coherente con la

situación actual de incapacidad de realizar nuestra propia defensa y de necesidad de apoyarnos en los Estados Unidos.

La otra alma pensaría en que es necesario construir una dimensión europea de defensa, en que es necesario incluso pensar en misiones Petersberg en las que no tengamos que acudir a la Alianza Atlántica, sino que puedan ser realizadas por algunos países europeos o por Europa como Unión Europea, y, por lo tanto, en que puede haber unos márgenes de autonomía con relación a la Alianza Atlántica. Esa Europa debería ser muy consciente de su papel en la gobernabilidad mundial y, a la vez, eficiente en referencia a las zonas que tenemos más cerca, por ejemplo el Mediterráneo.

Como en todas las políticas integradas, hay dos caminos para llegar a políticas europeas en materia de seguridad y defensa. El primer camino supone avanzar en la suma de esfuerzos, porque la política integrada es más eficiente que las políticas nacionales de cada uno de los estados. Esta razón es muy evidente en muchas cuestiones de defensa. Pero hay otro camino para ir a la política integrada; es el de asumir la evidencia de que no se trata de que las políticas nacionales sean ineficientes, sino que en muchos casos son imposibles. Por citar dos países, ni Francia en el África Subsahariana ni el Reino Unido en Extremo Oriente pueden pensar en mantener esquemas de intervención o de prevención de seguridad por sí solos. Nuestra soberanía en estos campos ya no existe, y la única posibilidad de tenerla es compartirla. Entonces sí que retenemos parte de una nueva soberanía.

Este es el camino por el que hay que avanzar en los temas de seguridad europea. En el último año ha habido movimientos importantes: cambios de marco y de posiciones, sobre todo por parte del Reino Unido. No obstante, los que nos identificamos más con el alma federal-constitucional en el proceso de construcción europea vamos a tener que seguir vigilando y reclamando una dimensión de defensa europea y un papel nuevo para la seguridad europea si queremos que realmente se prosiga por este camino en el futuro.

Notas

1. Hobsbawm, E. (1995) *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
2. Vid. Por ejemplo, Krugman (1994) *Peddling Prosperity*, W.W. New York: Norton&Company.
3. Grant, C. (1998) *Can Britain lead in Europe?* Londres: Center for European Reform.
4. Por lo que se refiere a Habermas, J. (1997) vid. su ensayo "¿Aprender de qué historia?", en *Más allá del Estado Nacional*. Madrid: Trotta. De Dahrendorf, R. (1997) vid. *After 1989*, Londres: Mac Millan.